

EL MISERERE DE LA MONTAÑA

(LEYENDA FITERANA, IMITACIÓN DE BÉCQUER)

UN día de Jueves Santo de un año muy lejano, de un siglo muy remoto, llegó un hombre al Monasterio de Santa María la Real, de Fitero, pidiendo hospitalidad a la Comunidad de PP. Cistercienses, que lo habitaban.

El recién llegado era un notabilísimo músico extranjero, quien después de haber puesto el divino Arte al servicio incondicional de las pasiones, como incentivo del pecado, deseaba hacer penitencia de sus culpas, peregrinando por el mundo en busca de inspiración para componer un Miserere que fuese superior a todos los Misereres, como fiel expresión del dolor y del arrepentimiento de un corazón cristiano verdaderamente humillado y contrito.

El peregrino había recorrido los países clásicos de la música; toda la Alemania, toda la Italia, toda la Navarra, oyendo los mejores Misereres del mundo; pero ninguno de ellos acertaba a traducir bien, con la letra del himno de David, los desgarradores gritos de misericordia que entonaba su alma con lúgubres gemidos y que lloraban sus ojos con amargos raudales de notas sublimes.

—Pues lo que no habéis encontrado en Alemania ni en Italia, lo tenéis en Navarra y está a poco más de una legua de Fitero, repuso uno de los rabadanes de los ganados del Monasterio.

—¿Cómo?

—Bien se conoce que no habéis oído el Miserere de la Montaña.

—¿Qué Miserere es ese que yo desconozco?

Y dijo el rabadán:—¿Veis aquellas ruinas que se levantan en aquel monte cercano? Pues antiguamente fueron los torreones y muros del

Castillo de un gran señor, quien, disgustado de los extravíos de su hijo, desheredó a éste disponiendo que la fortaleza se transformase en Monasterio y que todos sus bienes pasaran al dominio de la Comunidad que lo ocupase.

Pero sucedió que el hijo desheredado, al encontrarse sin patrimonio, cayó en la desesperación, y él y sus compañeros de aventuras entraron en el Monasterio una noche de Jueves Santo, en el momento preciso en que los monjes cantaban el Miserere, y después de incendiar la Santa Casa y de saquear su templo, asesinaron a todos los frailes.

Desde entonces, todos los años, en la noche del Jueves Santo vienen del Purgatorio los frailes asesinados, cantando el Mirerere, como sólo saben cantarlo los vivos que se han muerto y los muertos que necesitan la misericordia del Señor.

Y el músico extranjero, despreciando el viento y la lluvia y al resplandor siniestro de los relámpagos, desapareció enseguida para ir a escuchar el Miserere de la Montaña que ya debía principiar pronto.

Poco después de llegar a las ruinas venerandas, el peregrino oyó once campanadas; e inmediatamente, moviéronse las piedras por el suelo, armóse con los escombros la derruida fábrica del Monasterio e iluminóse el Templo.

Comenzaron a percibirse confusas armonías que parecían salir del interior de los templos; abriéronse los sepulcros y fueron apareciendo los esqueletos de los frailes, vistiendo sus hábitos y cantando con dolorido acento el versículo del Rey Profeta:

Miserere mei Deus: secundum magnam misericordiam tuam.

Los monjes, cubiertas ya de carnes sus osamentas, se arrodillaron en el coro y continuó solemne el Miserere de la Montaña.

La música que acompañaba a las voces de los frailes era originalísima e indescriptible.

Parecía un conjunto de sonidos armónicos, que recordaban al huracán en las selvas; al trueno que retumba en los valles; al torrente que baja de la montaña despeñado en bulliciosas cascadas; a los mares ensoberbecidos que se buscan y se encuentran y se enroscan por encima de las ciudades y de las campiñas; a las violentas contracciones del suelo agitado por el terremoto; rugidos de león; silbidos de culebra; estertores de agonía; choques de esqueletos; ecos de tumba; ruido de gusanos que roen; murmullo de reptiles que se arrastran; susurro de alas que vuelan; arpegios que son al mismo tiempo luces; luces que son misterios;

misterios que son nimbos de gloria; el Infierno, que se abre en castigo de nuestras culpas; el Cielo, que asoma en premio de nuestras virtudes.

El músico no pudo resistir tantos raudales de música de otro mundo; y al oír el versículo *Auditui meo dabis gaudium et lætitiã: et exultabunt ossa humiliata*, que entonaron las jerarquías celestes, cayó desvanecido al suelo, sin que oyera más notas del Miserere.

Después, queriendo el peregrino dejar al Monasterio de Fitero un imperecedero recuerdo, trató de escribir el Miserere que él había oído, trayendo al pentágrama los frutos de su rica inspiración y procurando llevar a la imaginación del ejecutor sus propias impresiones, advirtiéndole, que en algunos pasajes, «deben crujir los huesos y parecer que de sus médulas salen los alaridos y que entre las notas han de verse huesos cubiertos de carne, la lumbre inextinguible de los Cielos y su armonía».

Mas apenas el compositor llegó al versículo: *Averte faciem tuam à peccatis meis: et omnes iniquitates meas dele*, que él no pudo oír, se le concluyó la inspiración; y aunque emborrónó muchos papeles, la música no correspondía a la escuchada en la montaña y perdió el sueño y enfermó, se le secó el cerebro y se le trastornó la cabeza.

Y el gran Bécquer, cuando estuvo en Navarra, vió en la Abadía de Fitero los cuadernos viejos llenos de polvo y hasta roídos por los ratones que tienen el Miserere de la Montaña incompleto, escrito por el músico loco, y le dedicó una leyenda hermosísima como suya.

En estos libracos viejos llenos de garabatos, y confundidos con los arpeggios, acordes y armonía, sostenido en las notas musicales con que el huracán indómito, el trueno ensordecedor, el torrente deshordado, la tierra sacudida; en suma, todos los elementos agitados en un rincón de la patria al conjuro de las voces de los muertos; en estas notas musicales en que la Naturaleza canta el Miserere de la Montaña como suprema expresión de la pena y el arrepentimiento, creo yo también escuchar tristes lamentos de un pueblo afligido, ecos apagados de las ondas sonoras que transmitió el dolor nacional, dejando huellas perdurables de su paso en el ambiente histórico, y cuyas últimas vibraciones sigue repitiendo el aire que respiramos.

Porque esas notas musicales recuerdan también el furor de la tempestad imponentísima que en 1360 sembró la desolación y la muerte en el campamento inglés aliado del navarro contra Francia; el choque de las olas alborotadas que en la campaña de Túnez sepultaron en el

Mediterráneo las naves francesas y de Teobaldo II de Navarra: los ayes lastimeros de la Navarrería de Pamplona, reducida a cenizas después de pasada a cuchillo por la soldadesca desenfrenada del conde de Artois: las lamentaciones cantadas en los austeros Monasterios navarros antiguos y aun por todas las iglesias del mundo el día de Jueves Santo; y los grandes suspiros de la Humanidad; los sollozos perpetuos de Jeremías; la voz áspera de Savonarola; el grito de horror del Rey Don Sancho de Navarra al verse suspendido sobre el abismo de Peñafén; las angustias de Blanca de Navarra en el castillo de Orthez; los gemidos de Navarra despedazada por agramonteses y beamonteses; el estampido de los cañones de Fernando V al disparar contra la legitimidad navarra, y la voz angustiada del arrepentimiento tardío de los navarros del siglo XVI, víctimas de sus propias discordias; en suma: todos los gran des dolores del alma navarra.

Esta es, en compendio, la leyenda de Bécquer, en la cual pueden estar figurados todos los pueblos que después de gastar en peligrosas aventuras las energías que necesitan para defender a su Religión y a su Patria, llegan a ser desheredados por Dios de su amparo, para venir a caer en la desesperación que conduce a la ruina, después llorada amargamente, con el Miserere de la Montaña que el día de Jueves Santo canta en las cercanías de Fitero la Naturaleza al entrar en el confin de Castilla, arrastrando las últimas ráfagas de oxígeno de las antiguas selvas bravías de Navaria.

Miserere mei Deus: secundum magnam misericordiam tuam.

JUAN P. ESTEBAN Y CHAVARRÍA

